



---

## ESA MIRADA

---

Ese gesto de sublime superioridad moral contenía el más implacable de los alegatos contra una paz de conveniencia

**N**O pudo sostenerle la mirada. Javier García Gaztelu, Txapote, fue capaz de dispararle en la nuca a Miguel Ángel Blanco con las manos atadas, pero no logró aguantar sin bajar los ojos la expresión de serena dignidad de Adoración Zubeldia: una mirada líquida, triste, fatigada, acuosa, cargada de infinito desprecio y de una honda, torrencial, demoledora censura. La viuda de José Javier Múgica, concejal de Leiza achicharrado vivo en el infierno de una furgoneta-bomba, tuvo que relatar dos veces ante el tribunal la agonía de su marido; toda España ha visto esta semana cómo en la primera ocasión se le descompuso la voz y rompió en llanto. Al terminar el juicio pidió permiso para verles la cara a los asesinos, se levantó con el noble orgullo de una vestal y en su gesto de superioridad moral vibró durante unos segundos eternos todo el drama de angustia, dolor, soledad y silencio de las víctimas del terrorismo. Fue una lección inolvidable, soberbia, un instante sublime que contenía el más implacable de los alegatos contra una paz de conveniencia.

No habrá paz sin justicia. El desistimiento de ETA es una buena noticia que sólo podrá tener sentido si corresponde a una derrota y no a un pacto, a una rendición y no a un armisticio. Sin reparación del daño causado, sin petición contundente de perdón y sin repudio explícito de los crímenes sólo tendremos el resignado autoengaño de un alivio táctico. En la mirada de Adoración cabía incluso un atisbo de piedad, pero era la piedad de quien se sabe fuerte en la virtud. No puede haber clemencia sin arrepentimiento, ni generosidad sin contrición. Cuando los etarras hablan, en referencia a sus presos, de «consecuencias del conflicto», cometen un nuevo atentado moral contra la zozobra y el sufrimiento de las víctimas, la única y verdadera consecuencia del criminal designio de los años de plomo. Y no habrá lluvia que arrastre tantas lágrimas ni bálsamo que sosiegue tanto desconsuelo.

Ningún programa político de reconciliación podrá completarse saltando sobre ese agujero negro de la memoria. Para las viudas, los hijos y hermanos de los asesinados no existirá paz alguna si la eventual libertad prematura de los criminales acaba haciéndoles sentirse sujetos de un abandono. De un olvido inaceptable y ominoso de la heroica dignidad con que han sostenido la resistencia democrática.

En ese mismo juicio, la presidenta del tribunal tuvo que renunciar tras escapársele un asqueado exabrupto al contemplar la impasible insensibilidad de los acusados: «Y encima se ríen esos cabrones». Luego la mirada eterna, devastadora y superior de Zubeldia canceló cualquier sospecha de impunidad moral. Pero Txapote y los suyos siguen enrocados en su turbia hosquedad, en su canallesca burbuja de suficiencia, sin asomo de culpa, sin esbozar siquiera un gesto para pedir perdón. Y aunque lo pidieran: cómo coño los vamos a perdonar.